

CRONICA INTERNACIONAL

I

AUNQUE en el hemisferio norte, el tercer trimestre del año ahora reseñado, suele acusar la influencia del período de vacaciones en los grandes organismos internacionales, y en muchas cancillerías, los acontecimientos respetan poco estas «calmas oficiales» para seguir su curso. De suerte que no puede decirse que el estío de 1957 no haya sido agitado en el mundo africano y oriental, y que sus efemérides fueran totalmente secundarias. A los conflictos precedentes —ninguno de los cuales encontró solución— se unió uno nuevo: el de Omán. Amenazaron con vivificarse viejos conflictos durmientes, como el de Corea, y se agudizó la faceta siria del magno problema del Oriente Próximo («Medio» para los anglosajones). Aparte de ello, ante la próxima reanudación de sesiones en la Asamblea General de la O. N. U., los interesados en los litigios del mundo afro-oriental prepararon activamente sus posiciones. En fin, para concluir, añadamos que ese mundo africano y oriental, el de Bandung, enriquecido en lo que va de año con un miembro nuevo —Ghana— se ha ampliado en el mes de agosto con la independencia de la Federación Malaya que, externa y transitoriamente, seguirá la trayectoria diplomática de su ex metrópoli. Pero a la vista de los precedentes de la India, Ceylán y Pakistán, ¿quién puede asegurar que esa fidelidad diplomática se prolongará por mucho tiempo? Malaya tiene ciertamente algunos intereses en común con el Reino Unido, y otros en desacuerdo. Y no es de esperar que los dirigentes políticos de Kuala-Lumpur sacrifiquen los últimos, sobre todo dada la flexibilidad de St. James Square para transigir o ceder ante los criterios de los miembros recién ingresados en el *Commonwealth*, flexibilidad tanto más rápida cuanto que más largo o erizado ha sido el período emancipatorio del que conviene borrar los malos recuerdos, abando-

nando lo insostenible para salvar lo conservable. Es un criterio ventajosamente contrastado por la práctica e inexplicablemente no seguido por ciertas metrópolis continentales, de las que el ejemplo más ruidoso es el de Francia en Argelia.

II

En realidad, y para ser objetivos, hemos de consignar que el mundo que va de Dakar a Bikini tiene muchos y serios problemas peculiares de generación espontánea cuyo curso no ha sido agravado desde el exterior. Pero ese mundo sufre también de la influencia perturbadora que en la marcha de los acontecimientos mundiales proyecta la rivalidad entre los dos grandes bloques encabezados por los Estados Unidos y la U. R. S. S. Cada uno de esos bloques se propone atraer —o incorporar— a su campo a los nuevos Estados y a los territorios que «todavía no se gobiernan por sí», según el lenguaje de la O. N. U., ofreciéndoles —según su opinión— grandes ventajas, un trato amistoso e igualitario y «protección» contra las acechanzas del otro bloque. Y aquí está lo peligroso. Es lógica e inevitable la suspicacia y la susceptibilidad de los que son jóvenes en el disfrute de sus independencias políticas, no completadas en aspectos poco visibles —como el económico—, de modo que las ofertas pueden surtir los efectos contrarios de los perseguidos, sin que quepa una explicación simplista de las reacciones de los interesados, como la de suponerlos «entregados al comunismo» o «al imperialismo capitalista». Naturalmente, las cancillerías de los Estados africanos y orientales no siempre aciertan a situarse en el difícil justo medio perseguido y pueden, por esquivar un peligro, caer de bruces en el contrario. Pero más responsables que sus impulsivos conductores son los estadistas o políticos occidentales que sólo quieren ver de las realidades el lado que les conviene y, por supuesto, los que en silencio persiguen la subsistencia de sus viejos privilegios bajo nuevas formas, obtenida a través de nuevas oportunidades circunstanciales. Huelga añadir que, en el caso soviético, las cosas son peores, porque Moscú y Pekín no conciben otra ayuda que la que conduzca al satelitismo de los ayudados. Es una triste realidad de la que se aprovechan los «grandes» occidentales, de igual modo que de las codicias y torpezas

de esos «grandes» se benefician los «libertadores» rojos recubiertos con piel de oveja. De esto hay multitud de ejemplos. Algunos aún sangrientos. Y otros peores, como el de los países divididos —Corea, Vietnam, Palestina—, todos debidos a la concurrencia de las fuerzas rivales.

Durante el trimestre que examinamos, la pugna entre Occidente y el Este no ha disminuído, pese a las frases convencionales e insinceras de Jrouschof y a las ofertas singularísimas de Stassen en la interminable conferencia del desarme, prolongada artificialmente por ambos lados en razón de motivos muy complejos, por desgracia inferiores a los intereses unilaterales a sacrificar para conseguir el anhelado acuerdo, al menos de tregua armada. De ahí que no haya habido oportunidades para que todos los grandes intervinieran con un criterio pacificador o amortiguador de los conflictos y problemas afro-orientales. Al contrario. Los respectivos séquitos de auxiliares presentes o en potencia han sido a la vez halagados —más bien respecto de los personajes que de los pueblos—, presionados y espoleados. Y como a los orientales les precisa poco para dar rienda suelta a sus explosiones, los resultados están a la vista. Por cierto que paralela, simultánea y contradictoriamente, con el sistema de avivar rescoldos, ciertas grandes potencias han seguido apoyándose en el método reprobable de «distrarse» y silenciar diplomáticamente otros conflictos muy graves, para que alguna de ellas los resolviera unilateral y expeditivamente. Así ha sucedido con la actitud de los anglosajones, protegiendo a Francia, su aliada en el colonialismo, para acabar con la insurgencia argelina antes de que empezara el nuevo período de sesiones de la Asamblea y se comprobara que el plazo concedido a París en el anterior no ha servido de nada. El Ministro con residencia en Argel —el señor Lacoste, confirmado después de la constitución del Gobierno de Bourghès-Maunoury y flanqueado por otro colega ministerial para el Sáhara— no ha encontrado el medio de pacificar, en vida o después de de ella, a los insurgentes. También el Consejo de Seguridad imitó con retraso a Pilatos en su inhibición ante el problema de Omán, verdadera guerra entre tribus y taifas arábicas —lo que no era nuevo—, pero con el respaldo y la intervención de elementos armados extra arábicos. Y, por supuesto, siguió ignorando la situación en Chipre, que fué de tregua muy relativa. En este último ejemplo la distracción de la O. N. U. tenía una justificación parcial: las negociaciones que

van por varias vías —la diplomática privada tripartita, la bilateral, las seguidas con intervención de los mediadores «europeístas» y de la O. T. A. N., pero no de lo puramente mediterráneo, más llamado a hacerlo— para conseguir algún arreglo, aunque no fuera definitivo. La partición parece la menos grata a la mayoría griega. El «self-government» (¿autonomista?, ¿independentista?) con lazos y bases para la actual metrópoli parece más razonable, pero aún lejano. Al no resolverlo europeísticamente, el engarce del problema chipriota con los otros del Oriente mediterráneo es ya inevitable, como registró el comunicado de la entrevista Karamanlis-Nasser.

III

Y puesto que nombramos el Oriente Mediterráneo, examinaremos ya su situación durante el trimestre que nos ocupa. ¿Peor que en el precedente? No lo creemos así. Aunque los incidentes armados entre Israel y sus vecinos hayan seguido siendo abundantes, lo cierto es que la cuestión del paso por el Canal de los buques israelíes está ya ante el Tribunal de La Haya y que en el golfo de Aquaba se mantiene el *statu quo*. Por otra parte, en el mundo interárabe las controversias y los reproches siguen siendo muy vivos, pero ante ciertos problemas —Palestina, Omán— la solidaridad también ha persistido. El acontecimiento más explotado periodísticamente ha sido el refuerzo de los lazos de Siria con el bloque soviético, del que son reflejo las posiciones interiores conseguidas en Damasco por el triunvirato El Azem-Sarraj-Cadmi. Ciertamente, los «abrazos» de la U. R. S. S. pueden asfixiar al que los recibe —y así suele ocurrir cuando se prolongan—, pero el equipo damasceno tuvo poca opción y los incidentes diplomáticos con los Estados Unidos hicieron más ruido en Wáshington que en Oriente, quedando siempre como lazo de posible mediación el de Ibn Saud por ser mucho más útil este procedimiento que el de los despliegues coactivos, utilizando el concurso de algún vecino, como Turquía, beneficiaria de la posesión de la Antioquía árabe.

Si por razones de proximidad geográfica nos corremos hacia el sudeste de la península arábiga, nos tropezaremos con el ya mentado conflicto de Omán. En realidad, el «Sultanato» independiente, pero protegido por Inglaterra en virtud de los tratados que empiezan en

1839 y terminan en 1939, es una ficción insular. La montaña —el Imanato— siempre gozó de personalidad distinta de la costa. Uno de los sultanes de Mascat así lo reconoció —con el beneplácito inglés— en el Tratado de Saif de 1929. Aparte de ello, Taimur ben Alí, descendiente de los sultanes cuyo vasto imperio dividió hace cien años el Gobernador británico de las Indias, representa uno de los intereses o criterios locales en pugna; ni mejor ni peor que el de Galeb y Thaleb respaldados por Saudía. Pese a su pobreza —al menos en el suelo— no se puede mantener a ese rincón del globo en su confuso y arcaico estado actual: si no se realiza el plan inglés de Federación Árabe (protegida) desde Koweit a Aden, surgirá otro equivalente bajo el influjo de Riad, quizá con el respaldo económico de las empresas petrolíferas americanas. De modo que el conflicto —forzosamente breve en su fase militar— reaparecerá en cualquier momento.

Saltamos sobre Egipto, donde las elecciones generales dieron el resultado previsto, cómodo, pero no garantizador del régimen. Y también sobre el Sudán, donde las tres provincias del Sur no encuentran una acomodación que les complazca en el sistema político de Jartum. En dirección oeste, el acontecimiento más espectacular fué el cambio de régimen en Túnez. Espectacular, pero no sustancial, ya que nada cambió en la realidad de la vida tunecina, pues el beylicato era un árbol seco, y su último titular, El Amin, no logró nunca librarse del reproche popular de haber sido exaltado por Giraud. Habib Burguiba legalizó su virtual jefatura —del Estado republicano y del Gobierno—, pero su paso disgustó a los marroquíes y a los libios por el posible eco del precedente, especialmente en Tripolitania, prolongación de Túnez poco afecta a los senusitas, cuya separación del resto supondría la desaparición del Reino Unido de Libia.

No hemos dicho nada de Argelia porque pocas novedades ofreció el cuadro monótono de atentados, choques, represiones y proyectos, estos últimos verdaderamente pobres en recursos imaginativos para diseñar organismos de administración local, fuertemente controlados por la minoría francesa y, por supuesto, sometidos a los poderes metropolitanos. Sin embargo —y aparte de las repercusiones metropolitanas del terrorismo de ambos bandos—, cabe destacar cómo en los medios gubernamentales más recalcitrantes progresaron las ideas de partición y federalismo, mientras Mendès-France clamaba solitaria y agudamente por la Comunidad Franco-Magrebina. Un viejo sueño galo

de restablecer lo que se fué —bajo nuevas condiciones— y, por supuesto, que sin otro concurso europeo, esto es, prescindiendo de España en Marruecos. Proyecto a ratos encomiado por Muley Hassan y por Burguiba, pero más fácil de enunciar que de detallar y, sobre todo, imposible de ejecutar sin resolver el problema argelino. Más prácticas fueron las excursiones diplomáticas de Pineau y sus colegas por «América Latina», pescando adhesiones para la tesis francesa en la O. N. U.

Entre tanto, Marruecos y Túnez discutían con su ex metrópoli problemas concretos de cooperación —el militar y económico sobre todo—, sorprendidos por las medidas unilaterales de acción en las fronteras y de devaluación del franco, una vez que la sumisión a arbitraje del asunto Ben Bella permitió reanudar unas negociaciones necesitadas por por ambas partes. Marruecos, además, envió en visita diplomática de «presencia independiente» a Balafrej, hasta la lejana Malaya. Añadamos, para abandonar el Continente africano, que la proyectada Conferencia Interafricana de Estados sufrió un aplazamiento indefinido, difícilmente distinguible del abandono de la idea. Y dando un enorme salto, que la política sudafricana experimentó una agudización de las controversias respecto de la que los sudafricanos —o al menos el Gobierno Strijdom— consideran intromisión exterior en sus asuntos, debilidad ex metropolitana ante el influjo indio en Africa y terquedad ex metropolitana a concluir la transferencia de los tres protectorados.

IV

El mundo asiático ha vivido jornadas tan activas como interesantes en el trimestre que se examina, pero el Occidente no las conoce todas bien, pues algunas se desarrollaron allende el «telón de acero» —y de bambú—, y otras fueron mal percibidas por los observadores occidentales.

En vísperas de revivir, por enésima vez, el problema de la admisión de la China continental en la O. N. U., el Gobierno de Pekín desarrolló una gran actividad diplomática, que en parte descubrió dificultades y disidencias interiores, deformadas a través de los clásicos calificativos comunistas de «complots» contrarrevolucionarios —con destitución de ministros—, de «desviaciones» ideológicas y de «autonomización» de la Iglesia Católica china respecto del Papado. Esta úl-

tima fué un simulacro de cisma local, dolorosamente engarzado en la cadena de la persecución antirreligiosa que tanto mancha la política de Pekín. Por lo demás, si el comunismo chino no se somete al ruso, ello no implica que sea más tolerante: las «cien flores» del discurso de Mao quedaron en muchas más ejecuciones. Pero la China roja, y alguno de sus satélites, como el Viet Nam de Norte, participaron activamente en los contactos intercomunistas acaecidos en Europa, de tal modo que por primera vez desde la época de los mongoles, los extremo-orientales han intervenido en las cuestiones europeas con iniciativas, en plan de igualdad y, a veces, de superioridad. Por otra parte, la China roja enseñó —a través del satélite nortecoreano— sus dientes en las entrevistas de la Comisión de armisticio en Pan Mun Jon, como recordatorio de que el antiguo conflicto puede ser revivido en el momento más inoportuno para el Occidente.

Mientras los dirigentes soviéticos «estrechaban lazos» y ofrecían ayuda a Siria y Afganistán, sonreían a Irán, Indonesia y Birmania e intentaban mejorar su posición en el mercado cingalés, los dirigentes chinos se orientaban hacia el Japón. Ni el *Premier Kishi*, ni ningún otro que ocupe su puesto, puede esquivar ni dilatar demasiado la aproximación nipona a la inmensa China, concebida por el pueblo nipón como un asunto vital y comercial, aunque tenga derivaciones peligrosas. Pues la expansión del Japón por los mares insólidos e índicos —incluso hasta Egipto como constructor de la presa de Asuan— tropieza con obstáculos que la laboriosidad e ingeniosidad niponas no pueden vencer. Y la alianza con los Estados Unidos es a la vez indispensable, por ahora, pero insuficiente. El Japón ocupa ya, sin anuncios ni ceremonias, un puesto fundamental en la política oriental y su «tercer posición» puede ser mucho más fecunda que la de Bharet y con más imitadores.

Y, por cierto, que los problemas políticos internos de muchos de los países emancipados de Asia perturbaron las respectivas posiciones diplomáticas. Hubo una crisis ordenada: la del Líbano —país sólo geográficamente asiático— donde tras del triunfo electoral del Gobierno, Sami-es-Sohl se sucedió a sí mismo. No mucho más honda, aunque sí importante para el futuro, fué la crisis de Camboya, donde la coalición nacional-popular, bajo otra forma, siguió en el poder. La de Tai —provocada por un «decreto de incompatibilidades» que afectó a los Ministerios de la Guerra y Marina— sí que perjudicó al

poder del Mariscal Pibul Songram, porque en el grupo del General Marit puede forjarse una oposición que se aproxime a la extrema izquierda. La crisis más grave, con todo, fué la de Indonesia, no declarada oficialmente en el trimestre, pero arrastrada durante el mismo por la persistencia de los factores de descomposición iniciados mucho antes. Nominalmente siguió gobernando Mohamed Iuanda, con el concurso de Ruslán Abdelgani, pero las provincias exteriores pusieron condiciones y dificultades para la Conferencia de unificación y pacificación. Y en el último reducto del Gobierno de Yakarta, la isla de Java, los comunistas ganaron las elecciones de Semarang y Bandung, es decir, el control del centro y del oeste de las islas, que son —después del Estado indio de Kerala— las primeras regiones orientales no pertenecientes a un Estado comunista donde impere aquel partido. Sukarno puede haber comprendido, quizá un poco tarde, que su empeño en quebrantar el partido *masjumi*, en lugar de dar la victoria al nacionalismo se la ha dado al mortal enemigo de ambos. Creemos que la reunión del *masjumi* y el *nahdatul ulama* y su colaboración con los partidos no marxistas podría atajar la descomposición del país, cuya suerte puede resultar decisiva para otras potencias del Grupo de Colombo.

En fin, anotemos que Pakistán llevó nuevamente el problema de Cachemira a la O. N. U., que en el Tribunal de La Haya siguió el procedimiento iniciado por Portugal respecto de la ocupación india de Dadrá-Aveli, y que el Gobierno de Karachi, cuyo presidente estuvo en Wáshington y otras capitales, acogió con buena voluntad la petición bengalí de dualismo estatal, impuesto desde la creación del país por la realidad geográfica.

V

Por lo que hace a España, cabe registrar varios hechos respecto de sus relaciones con el mundo africano y oriental. Empecemos por las visitas a nuestro país de personajes del mismo o con él relacionados. El Rey de Jordania estuvo en nuestra patria en visita privada de vacaciones, aunque suponemos que no totalmente inactivas. En la entrevista de Ciudad Rodrigo Franco-Salazar, se examinó el papel fundamental del Ultramar portugués en el futuro de las relaciones

económicas peninsulares. El *Premier* malayo estuvo en Madrid, y ya con un propósito definido, su colega pakistaní. La entrevista Suhvardy-Franco permitió puntualizar las numerosas y fecundas coincidencias entre los dos países, geográficamente alejados y distintos, pero espiritualmente afines sobre el modo de ver muchos de los problemas internacionales del momento. Ni Pakistán ni España son países agresores. Desean la paz mundial, pero la verdadera, y saben dónde radican los peligros y la misión que les corresponde en sus respectivas áreas para colaborar a la seguridad internacional. Además, y ello es compatible con lo anterior, defienden sus legítimos intereses lesionados en problemas y casos como los de Cachemira y Gibraltar, aunque el parangón sea limitado.

Descendiendo de rango oficial, visitaron Madrid el Ministro sud-africano Louw, el marroquí Balafrej (varias veces) y, de paso aéreo para Sudamérica, el francés Pineau. En San Sebastián se entrevistó con el ministro español Castiella el Secretario de Estado francés Faure. Y, por cierto, que en la Costa Brava veraneó Selwyn Lloyd.

Sin duda de esas visitas las más notables fueron las de Balafrej y Faure, que merecen especial mención.

El Ministro marroquí del Exterior firmó en Madrid varios convenios hispano-marroquíes: de Cooperación Económica y Técnica, Monetario y de Pagos, y de Cooperación cultural. Todas ellas muy importantes y merecedoras de un estudio especial y separado, porque de dedicarles en esta Crónica la atención que merecen, quedaría desequilibrado su contenido. Aquí sólo consignaremos que, como todos los instrumentos diplomáticos, tienen —para las dos partes— un anverso y un reverso. El anverso es que clarifican y precisan importantes aspectos de la futura colaboración entre dos países vecinos y amigos. En este aspecto, su flexibilidad nos parece prudente: sin imponer casi nada, permiten mucho. Es decir, que depende de la acción de las partes —y de la que lleven a cabo sus respectivos ciudadanos o entidades— el que tengan su floreciente desarrollo o una mediocre existencia. Es, pues, el momento de que los españoles pasen del «africanismo» (en este caso «magrebinismo») teórico o burocrático, al de las realizaciones que, por una ley natural derivada de los designios del Creador, que puso juntos a Marruecos y a España, corresponde a cada uno de ambos países en la casa del otro. La cultura, la técnica y los intercambios materiales no impuestos, sino ofrecidos y admitidos,

son nobles instrumentos que en nuestro siglo de interdependencias y solidaridades manejan todos los países. El Estado español no puede hacerlo todo: son los españoles quienes deben llenar las posibilidades que los Convenios le ofrecen, sobre la base, claro está, de que los marroquíes, o quienes les asesoren, no rechacen las ofertas españolas.

El reverso de los Convenios está muy claro y puede consignarse sin el menor daño para la cordialidad de ambos países. España ayudó a Marruecos a ser independiente, y no a que saliera de una forma de protectorado —la visible y compartida— para que entrara en otra —la invisible y monopolizada— suplantando lo que desde tiempo existía al otro lado del Estrecho. Por ejemplo, el uso del español, vieja lengua diplomática de los Sultanes antes de 1912, y la peseta, vieja moneda exterior de los Sultanes antes de 1914. Que en los suburbios de Melilla suene el francés y se pague en francos hará pensar siempre a los españoles sencillos que España no limita con un Marruecos libre, sino con otro nuevo «emparedamiento». Ciertamente ha habido circunstancias muy imperiosas, pero Marruecos debería seguir el propósito de Burguiba en Túnez: dotarle de una divisa propia, cuanto antes mejor. En fin, el tiempo y la mutua buena voluntad pueden agrandar el anverso y amenguar el reverso a que nos referimos.

Mucho nos complacen las conversaciones Faure-Castiella de San Sebastián en cuanto denotan un clima de mejoría de relaciones vecinales, que en Africa ha de tener lógica repercusión, pues Africa —y quizá el Oriente— fué, según el comunicado facilitado, repetidamente citada en la entrevista. El mundo gira y en la década transcurrida desde que la frontera del Bidasoa fué cerrada unilateralmente y por las demás se filtraban agresiones armadas, mucha agua ha pasado por el pequeño río, por fortuna. La «Europa de los seis» —llena aún de sorpresas— y la situación magrebina bien merecían una amistosa y leal camaradería. Entiéndase bien: recíproca. En este aspecto no puede negarse lógica cartesiana al *Quai d'Orsay*. Si España, sustituida en Orán, dió durante cien años sus mejores y más oscuros hijos para la civilización de Argelia, con el desenlace de su des-nacionalización, bien podría servir ahora de satélite en la O. N. U. cuando se discuta el tema argelino, y hasta de reclutadora de votos

«latinoamericanos». Ello bien vale el pequeño recorrido de M. Faure. Enrique IV tuvo que oír muchas misas por París. Pero, en fin, dejemos esas digresiones y limitémonos a regocijarnos por la mejoría de las relaciones entre España y los «grandes» de escala europea, deseando que la mejoría, según el dicho popular andaluz, «no sea cosa de cuidado» para el más ingenuo de los reconciliados.

J. M. C. T.

5 de septiembre de 1957.